

Gregorio León

**EL ÚLTIMO SECRETO
DE FRIDA K.**

X PREMIO INTERNACIONAL DE NOVELA «EMILIO ALARCOS LLORACH»

algaida



Un jurado compuesto por Josefina Martínez de Alarcos, Juan de Lillo, José María Merino, Luis Mateo Díez, David Torres, Eugenia Rico y Miguel Ángel Matellanes designó a *El último secreto de Frida K.*, de Gregorio León, ganadora del X Premio Internacional de Novela Emilio Alarcos Llorach, que fue convocado por el Centro Asturiano de Oviedo, con la colaboración del Excmo. Ayuntamiento de Oviedo y la Caja Rural de Asturias.

Primera edición: 2010

© Gregorio León, 2010
© Algaida Editores, 2010
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9877-458-0
Depósito legal: M-30.076-2010
Impresión: Huertas, I. G.
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Capítulo Uno	13
Capítulo Dos	21
Capítulo Tres	29
Capítulo Cuatro	35
Capítulo Cinco	45
Capítulo Seis	49
Capítulo Siete	55
Capítulo Ocho	61
Capítulo Nueve	69
Capítulo Diez	75
Capítulo Once	83
Capítulo Doce	87
Capítulo Trece	99
Capítulo Catorce	107
Capítulo Quince	117
Capítulo Dieciséis	125
Capítulo Diecisiete	139
Capítulo Dieciocho	143
Capítulo Diecinueve	149
Capítulo Veinte	157
Capítulo Veintiuno	163
Capítulo Veintidós	179
Capítulo Veintitrés	189
Capítulo Veinticuatro	195
Capítulo Veinticinco	205

Capítulo Veintiséis	213
Capítulo Veintisiete	221
Capítulo Veintiocho	231
Capítulo Veintinueve	243
Capítulo Treinta	255
Capítulo Treinta y uno	261
Capítulo Treinta y dos	267
Capítulo Treinta y tres	285
Capítulo Treinta y cuatro	289
Capítulo Treinta y cinco	293
Capítulo Treinta y seis	307
Capítulo Treinta y siete	319
Capítulo Treinta y ocho	325
Capítulo Treinta y nueve	333
Capítulo Cuarenta	341
Capítulo Cuarenta y uno	345
Capítulo Cuarenta y dos	361
Capítulo Cuarenta y tres	373
Capítulo Cuarenta y cuatro	379
Capítulo Cuarenta y cinco	387
Capítulo Cuarenta y seis	397
Capítulo Cuarenta y siete	403
Capítulo Cuarenta y ocho	411
Capítulo Cuarenta y nueve	417
Capítulo Cincuenta	437
Capítulo Cincuenta y uno	443
Agradecimientos	453

A Ella, que me susurra todas estas
historias, después de pintarse los labios.
Y a mi madre, obviamente.

La Santa Sede, a través del boletín de la oficina de prensa, ha mostrado su preocupación por la expansión que está teniendo en Latinoamérica el culto a la llamada Santa Muerte. En México, por ejemplo, crece la devoción a esta figura, un esqueleto solo vestido por una túnica. Narcotraficantes, policías o abogados acuden a ella para pedirle favores. Su santuario, situado en el barrio de Tepito (a pocos metros del corazón administrativo del Distrito Federal), es un lugar de peregrinación, como pueda serlo la tumba del Apóstol Santiago. El Vaticano avisa a sus feligreses del peligro de que se extienda este culto, que califica de satánico.

El País, 24 de febrero de 2006

Ayer, rodeada de polémica, fue inaugurada en el Palacio de Bellas Artes la exposición «Frida. 1907-2007. Homenaje Nacional». Decenas de manifestantes se concentraron a las puertas del recinto cultural y gritaron ¡cucarachas, cucarachas! a los miembros del PAN, partido que se impuso en las últimas elecciones, impugnadas por fraudulentas. Los manifestantes quisieron así recordar que Frida Kahlo militó en las filas comunistas para combatir contra la derecha y el fascismo.

El Universal, 21 de junio de 2007

UNO

TODO HA OCURRIDO MIENTRAS EL OBISPO LE HACÍA el amor a Zoila. El esqueleto está completamente destrozado, como si hubiera pasado por allí una manada de rinocerontes. Los huesos se mezclan con jirones de la túnica que antes cubría al esqueleto. Varias velas han sido aplastadas con violencia, y la cera forma ahora una especie de boñiga blanquecina.

Para cuando el Obispo ha podido agarrar lo primero que ha encontrado a mano, de la imagen de la Santa Muerte apenas queda un polvillo que inunda el altar.

Nada más entrar a la parroquia, al inspector Machuca le ha azotado un vaho caliente. No contesta al saludo marcial que le hace Figueroa. Se concentra en analizar la situación. No sabe qué le escandaliza más, si el esqueleto hecho papilla o ver al Obispo en paños menores.

El Obispo tiene toda la furia del mundo concentrada en los ojos. Está tan enfadado que ni siquiera es capaz de abrir la boca. El único que habla, después de dar una vuelta por la parroquia, cámara en ristre, es Figueroa.

—Algún cabrón nos quiere joder.

Con su pelo largo, su pendiente clavado en la oreja, Figueroa más parece un cantante que un policía. Pero Machuca ha tenido la mala suerte de que nadie le dé talento ni para lo uno ni para lo otro, y de que se lo hayan asignado como compañero de trabajo en la comisaría.

—En nombre de Dios —lee por vez primera el inspector.

Entre los huesos machacados sobresale una tarjetita de papel con la frase, escrita con letra pulcra, muy cuidada.

—Quien ha hecho esto es un tipo de letras, un hijo de puta culto —piensa el inspector Machuca, tras realizar el primer examen.

Lo segundo que piensa es que alguien odia a la Santa Muerte más o menos como él odia a la fiscal Chacalita.

—¿Quién diablos ha cometido esta barbaridad?

El Obispo no sabe si la pregunta va dirigida a él o se la ha hecho el inspector a sí mismo. Pero él tampoco tiene una respuesta. A esa hora debería estar viendo los pechos desnudos de Zoila, y sin embargo, lo único que ve es la imagen de la Flaca hecha pedazos.

Huele a patio de gallinas y a incienso. Al inspector Machuca le cuesta trabajo pensar. Y mucho más en esas circunstancias, con la imagen de la Santa Muerte completamente destrozada. Pero hace un esfuerzo y se vuelve a repetir la pregunta. ¿Quién ha podido hacer aquello? Alguien con buena caligrafía, y con muchos huevos, o mucho odio. Había que tener valor para entrar allí. Allí, donde la palabra clave es cuerno de chivo; allí, donde todo se

vende y se compra, empezando por la vida; allí, donde lo único que te vale es estar protegido por la Santa Muerte. Todos le rezan, amparados por La Flaca, la única esperanza cuando ya no hay esperanza. Cuando ya no puedes esperar la caridad de Dios o de los hombres.

Pero la Flaca está, ahora, hecha cisco.

Machuca no se quiere ni imaginar cuál va a ser la reacción del barrio cuando la noticia se extienda. Porque primero llegará la incredulidad, pero después... Después puede pasar cualquier cosa. Sin conocerlo, el inspector siente compasión por el tipo que ha cometido ese estropicio. El Obispo sigue evaluando el desastre, sin saber dónde poner las manos, estrujándose los dedos. Nunca lo había visto así, medio desnudo. Tiene las carnes flojas y se le descuelgan unos michelines que la sotana le disimula. Viéndolo así, es difícil que cualquier fiel le hiciera caso, y sin embargo, desde hace varios meses es el apóstol del barrio bravo.

—Si quieren pleito, habrá pleito.

Los ojos, llenos de ira, subrayan la frase. El Obispo la repite varias veces. Parece que es incapaz de decir o pensar otra cosa. De nuevo, Machuca le mira las manos. Ahora no se ofrecen generosas, repartiendo los dones de la Santa Muerte, que todo lo arregla, lo posible y lo imposible. Ahora se cierran formando un puño. Sea quien fuera, pagará por ello, decía ese gesto.

El inspector se desentiende del Obispo. Los ojos recorren la zona principal de la parroquia. Sorprende a Figueroa persignándose ante el altar destrozado de la Santa Muerte. Lo ha hecho de una manera muy rápida, como si

no quisiera que nadie se diese cuenta. El inspector duda durante varios minutos si lo que ha visto es de verdad o solo una ilusión de su mente. ¿Es que hasta Figueroa le tenía devoción a la Santa? Machuca aparta esa idea de la cabeza. Saca un cuadernito del bolsillo trasero del pantalón y toma unas notas, por mero trámite. Cuando salga de allí, no sabrá por dónde empezar porque es un caso totalmente nuevo. Una cosa es que maten a un tipo, se entierra y ya está. Un muerto más. Pero un ataque al Santuario de la Santa Muerte es más grave.

Quiere creer que aquello no era otra cosa que una broma macabra.

En nombre de Dios, relea la tarjetita. Sonríe. Tontearías, esto son tonterías. A fin de cuentas, él tiene cincuenta y tres años y una hija muerta. No puede creer en Dios. De hecho, no cree en nada. Si acaso, solo en su equipo, y su equipo pierde todos los partidos, parece identificarse completamente con el inspector Machuca, que ahora agarra el trocito de papel. Lo examina y después levanta los ojos. Tiene delante al Obispo, que lo invita a entrar en su despacho. Figueroa ve entrar a su jefe, con gesto resignado. El Obispo da un par de vueltas alrededor de una silla antes de descartarla. Luego se detiene frente a un estante de libros, como si quisiera buscar allí la frase oportuna que requiere la situación.

Pero no le hace falta buscar en ningún sitio. Después del impacto inicial, la imagen de la Santa Muerte convertida en nada, la sangre empieza a correrle por las venas a la velocidad de siempre. Y la velocidad de siempre es alta, como sus pensamientos.

—Nunca pensé que Roma llegara tan lejos.

El inspector lo mira, sin entender. El Obispo se da cuenta.

—Pero ya no somos solo una piedrecita en el zapato que calza Roma. Somos un enemigo al que hay que eliminar.

Machuca aún entiende menos estas palabras del Obispo, a pesar de que las ha lanzado con mucho aplomo, como si fuera capaz de borrar de su mente el panorama que hay detrás de la puerta de su despacho. Por si acaso, para recordárselo, un rumor de voces se mezcla con gritos de rabia.

—Y le diré una cosa, inspector. Toda esa gente adora a la Santita, son devotos, pero no les costará nada convertirse también en sus soldados. Soldados de la Fe.

El Obispo ha levantado su dedo índice para darle más fuerza a su advertencia. Machuca no sabe si va dirigida a él o al mundo entero. El inspector asiente con la cabeza. Comprendo, quiere decir con ese gesto. Pero no entiende nada, y además se le está haciendo tarde, así que abandona el despacho del Obispo, después de desearle buenas noches.

Figueroa está tomando fotos del esqueleto. A través del visor contempla en qué ha quedado reducido, casi en polvo. Incluso a él le llega a impresionar la imagen. Machuca lee, de nuevo, la tarjetita. En nombre de Dios. Mira al altar. No puede encontrar relación entre una cosa y otra. A Machuca no le gustan los acertijos, ni las complicaciones. Si le cae un muerto, se lo quita de en medio enseguida, la culpa es del narcotráfico, o de los celos. Asunto

resuelto, caso cerrado. Ni su sueldo era tan alto ni le quedaban tantos años de vida como para meterse en profundas indagaciones. Él no era detective, solo un policía cansado. Por eso, observando el panorama, frunce el ceño. Han matado a la Niña Blanca, han matado a la Niña Blanca, grita una vieja, fuera de sí. Machuca la mira con extrañeza. El comisario es consciente de que está en problemas. Sabe que un muerto es preferible a ese esqueleto hecho talco. Que estuviera Dios o no por en medio le importaba un carajo.

Pero algo tiene que hacer. Por ejemplo, irse.

Y se dispone a hacerlo cuando empieza a cerrarle el paso un cinturón de hombres. Han aparecido ya por el Santuario, a pesar de que es la una de la mañana. Pero no hacen falta periódicos que pocos o casi nadie podrá leer. El barrio se rige por sus propios canales de comunicación, y la noticia del ataque a la Santa Muerte ya no la conocen solo el inspector, el Obispo y Figueroa. Corre de boca en boca, de casa en casa. Por eso ya hay un grupo de hombres esperando a Machuca. Lo miran silenciosos. Identifica a alguno de ellos, por ejemplo a Toti. No es difícil distinguirlo, porque siempre lleva puesta una camiseta del Real Madrid. Ni siquiera ha cumplido dieciocho años, pero ya anda pegando tiros por ahí, amparado por la Santa Muerte, que lleva tatuada en la espalda. Dicen que es un buen pistolero, el mejor que tiene el Zar, que lo quiere como a un hijo. Morirá joven, concluye Machuca. Lo que le extraña es que a su lado no aparezca el Chino. Van siempre juntos, haciendo sus travesuras por todo el Distrito Federal.

Reconoce otros rostros, los ha visto en alguna de las redadas que ha hecho por allí, en busca de laboratorios de

pirateo. Era un trabajo inútil, pero tenía que hacerlo aunque solo sea para guardar las apariencias.

Llegan desde todas las calles, sin parar, hasta que Machuca se ve rodeado por una masa compacta. En sus ojos se repite la misma rabia que ha visto en los ojos del Obispo. Lo único que los diferencia es que el Obispo no va armado y ellos sí, a ninguno le falta su cuerno de chivo, el fusil AK-47 que conviene siempre llevar encima por si las cosas se ponen feas en el barrio bravo. Si quisieran, podrían hacerle a Machuca lo que en nombre de Dios, habían hecho con el esqueleto. Vaya, aquí están los soldaditos, se dice el inspector, estudiándolos con sus ojos cansados.

Le dirigen miradas de reproche, como si él fuera el responsable de lo ocurrido. Nunca le había gustado aquel barrio, no era conveniente meterse allí, ni a buscar DVD piratas, ni nada. Los hombres siguen observándolo, inamistosos. Machuca calcula los metros que lo separan de la calle. Son demasiados.

Figueroa cruza una mirada con el inspector. Parece que piensa lo mismo.

—¿Nos vamos?

Machuca tarda unos segundos en responder. No lo hace hasta que comprueba que lleva bien guardado en el bolsillo derecho del pantalón la tarjeta con la frase de marras.

—Sí, hay que ponerse a trabajar.

Y aquellas palabras están más bien dirigidas a todos esos hombres que no dejan de mirarlo. No lo entiende, él nunca se había metido con ellos. Ellos tenían su negocio y

Machuca, el suyo. Perro no come perro. Él era un tipo listo, no creía ni en Dios ni en la justicia, quería llegar a viejo. Así que la conclusión era tan fácil como sumar dos y dos. Vive y deja vivir. El barrio no tenía motivo de queja. Por eso entiende aún menos por qué lo miran de esa forma.

La muchedumbre concentrada en la casa de la Santa Muerte estalla en un grito unánime:

—¡Se ve, se siente, la Santa está presente!

Machuca aprovecha para alejarse del altar. Con un poco de suerte, llegará al coche. Tiene que abandonar esa parroquia. Los gritos se hacen más fuertes, pero le dejan abrir la puerta. Se sube al Mustang, arranca el motor y pisa el acelerador.

Una frase rebota en su cabeza: en nombre de Dios. Tonterías, se repite. Abre la ventanilla para tirar la tarjetita. Anda en esa operación cuando el teléfono móvil se pone a ejecutar su extraña danza sobre el salpicadero. Contesta, aunque conoce de sobra el número. Es de la comisaría.

—¿Está seguro?

—...

—De acuerdo. Ahora voy.

El inspector suelta un *puta madre*, tan fuerte que queda vibrando varios segundos en el interior del Ford Mustang.

Hoy no es su día. Acaban de encontrar otro altar destrozado. Alguien le había declarado la guerra a la Santa Muerte.

En nombre de Dios.